

gente en tiempo y lugar, para enseñar en su nacimiento la solidaridad de los grupos sociales, la superioridad material e ideal de la concordancia deliberada de los esfuerzos en contraposición a la competencia egoísta que ha sido tan frecuentemente la norma de la escuela. La cooperación diferenciada del trabajo colectivo usual, que es simplemente la repetición gregaria de un mismo proceso o de una misma operación, mientras la otra es acuerdo armónico de distintos procesos individuales empeñados en la consecución de un fin único y complejo. El altruismo en su más elevada forma de amor de servicio es la consecuencia pendiente de esa cooperación. Y todo ello grita en las almas de estos niños el santo conjuro del amor al compañero que habrá de ser el colaborador, o el amigo, o el camarada en la brega de la vida, o el disfrute de la dicha, o el gobierno de los hombres.

Y se prepara en la Escuela de Horace Mann la vida de una democracia verdadera. No basta saber que se tiene constitución e instituciones democráticas para asegurar que se vive en

plena democracia. Urge preparar a los hombres para que puedan asumir la tremenda responsabilidad y el alto honor de vivir en una democracia. Ello comporta, en primer término, el gobierno de sí; la conciencia de su deber y de su derecho, el respeto del derecho ajeno. E implica, además, un liberal poder de servicio; simpatía, si no amor, para su semejante. Y una más clara conciencia aun de la solidaridad humana. La cual no pueden sentir quienes siempre trabajaron para sí, prescindiendo de los demás, como por ignorancia de que el éxito individual es obra eminente social.

Haciendo comprender esto la Escuela de Horace Mann trabaja a cincel, con lentitud y perfección, la piedra de la democracia que está por venir.

Y ella ni busca el éxito en las fabulosas pruebas finales de curso, sino en el interés que por la obra de la escuela muestran los niños, en su contento de vivir dentro de ella, con el noble y delicado amor que da la comprensión.

ROBERTO BRENES MESÉN

Junio, 1919.

POSTALES DE VIAJE

IX

Habana, octubre 18, 1920.

ESTA noche se ha reunido la Academia Nacional de Artes y Letras, para acordar la celebración de la apertura anual de sus trabajos, haciéndola coincidir esta vez con la sesión solemne en honor de la ilustre escritora Aurelia Castillo de González, fallecida no hace mucho en el Camagüey.

Aurelia Castillo, mujer de espíritu vigoroso, y resuelto, sacerdotisa de los más grandes ideales, propulsora del progreso y de la cultura en Cuba, perteneció a la Academia y consagró al éxito de la misma actividades y energías. Toda obra donde Aurelia Castillo pusiera algún interés espiritual, estaba llamada a triunfar, por el calor vivificante que ella le comunicaba. La publicación de las Obras Completas de la Avellaneda, hecha por la Comisión del Centenario, no hubiera llegado a ser una realidad sin el tesón, la constancia y la energía de Aurelia Castillo, que la presidía.

La obra de Aurelia Castillo está reunida en seis gruesos volúmenes. Ella misma, sintiendo venir la muerte, comenzó a ordenarla hace algunos años. La tirada de esos libros ha sido muy corta; su autora, pensando, con exagerada modestia, que sólo sesenta personas (según lista hecha previamente)

podrían interesarse en leerla, ordenó al impresor ese número de ejemplares. El impresor, previsoramente, hizo ascender a cien el número de los ejemplares, y no tuvo por qué arrepentirse de ello; pues no pocas personas que no estaban en la lista reclamaron cariñosamente su ejemplar. Con todo, la tirada es sumamente reducida, y con el tiempo constituirá una rareza bibliográfica.

Pero, más que su obra, con ser ésta valiosísima, valía en Aurelia Castillo su propia vida, armoniosa y delicada, llena de majestad y de belleza. ¡Noble y austero corazón el suyo! En sus últimos años, Aurelia Castillo, con sólo contemplarla, rendía las voluntades y los corazones. Sus cabellos, de una blancura de plata luminosa, parecía aureolarla con destellos divinos; su rostro, apacible y bondadoso, revelaba diáfano la ternura exquisita de su alma. Ante la figura venerable de aquella anciana, no había quien no se prosternara. Al verla, había que amarla. Y por eso ella ha bajado a la tumba entre ofrendas de amor.

Esas ofrendas de amor se traducirán ahora en frases elocuentes y en versos emotivos: en el acto de la Academia honrarán su memoria Bustamante y Dulce María Borrero, Federico Urbach y Bonifacio Byrne. ¿Verdad que es un acierto?

X

Habana, octubre 19, 1920.

ESTA noche he asistido a la reunión preliminar de la fundación del grupo «Clarté» (Claridad), en la Habana.

El grupo «Clarté» fué fundado en los días en que se discutía el tratado de paz de Versalles, por Anatole France, que lo preside; Henry Barbusse, que es su Secretario; Laurent Tailhade, Charles Gide, y otras grandes figuras del pensamiento francés.

El primer propósito que persigue el grupo «Clarté», heredero legítimo de la antigua Liga de la Libertad de Pensamiento, en la cual, treinta años atrás, figuraron muchos de los que lo componen, es defender en todos los pueblos de la tierra el derecho del hombre para pensar y expresarse sin hipocresía.

Por otra parte, el grupo «Clarté» —que tanta resonancia ha tenido en el mundo y cuenta ya con agrupaciones correspondientes en muchos países de la América Latina— trata de difundir las ideas nuevas y avanzadas, entendiéndolo que la humanidad está en un período de evolución decisiva hacia una nueva organización cuyos contornos todavía no se definen. «Clarté» labora desde la cátedra, desde la tribuna, desde la hoja volante, por ahondar en los grandes problemas sociales y buscarles siempre del campo doctrinal, soluciones adecuadas.

La reunión de esta noche ha sido larga y provechosa. Nos dió albergue la culta dama Laura G. de Zayas Bazán, en la opulenta mansión del señor Juan Pedro Baró, hoy ausente. La discusión, en aquel ambiente lleno de luz y de atractivos, parecía realmente lleno de «claridad». Se eligió Presidente del grupo al Doctor Enrique Lluria, el eminente cubano, tantos años ausente y hoy rescatado a la patria, autor notabilísimo de «La Evolución Super-Organica» y de «Humanidad del Porvenir», y Secretarios al Doctor Luis A. Baralt, Zarachi Zachariae y al señor Gómez Wangüemer. Y se acordó redactar una exposición de principios e iniciar los trabajos del grupo con una conferencia pública del Doctor Lluria.

El Doctor Lluria, cuyo nombre tiene resonancia tanto en Europa como en América, es una buena adquisición. Cuba debe alegrarse de que, cargado de ciencia y todavía lleno de vida, haya vuelto al seno de la patria nativa.

Mientras tomábamos el chocolate en finas tazas de porcelana, y las lámparas, con sus pantallas de colores caprichosos, desparramaban la luz tornasolada sobre los zócalos de mármol jaspeado y sobre el piso de mármol blanco, se habló de que las tendencias